

DOMINGO

Vidas en cuarentena

Ciudadanos chinos nos cuentan cómo están viviendo en sus carnes la crisis del coronavirus **PA**

El supercomputador

Visitamos en Barcelona el ordenador del que en un futuro saldrá la cura del cáncer **P10**



José Luis Ábalos

Perfil del ministro de confianza de Sánchez, un apagafuegos al que le gusta bailar salsa **P12**

«¿Ser vasco o español? No vale la pena matar ni morir por eso»

Asesinado por ETA el 22 de febrero de hace veinte años, Fernando Buesa escribió de su puño y letra estas reflexiones que evocan episodios de su infancia y de su legado político



Nací en el año 46 en Bilbao, pero nunca he vivido en Bilbao. Mi padre era ingeniero de caminos; estaba construyendo el ferrocarril de Pedernales a Bermeo y vivía con mi madre en Mundaca, un pueblo, después de la guerra, con muchas carencias: no tenía agua corriente. En aquella época

lo normal era que los niños nacieran en casa. Pero, en esas circunstancias y siendo el primer parto, mi madre prefirió desplazarse a una clínica.

Debido a las condiciones en que se vivía en Mundaca, mis padres se trasladaron a Vitoria nada más nacer yo. Al año siguiente, consiguieron un piso en Guernica y he vivido allí hasta los diez

años. Tengo muy buenos recuerdos. A los diez años me vine a Vitoria. Mis padres se trasladaron aquí y el resto de la vida la he hecho, salvo el período de la Universidad, en Vitoria. Mi familia es vitoriana de las de toda la vida que se dice, pero la relación con Guernica la he mantenido hasta los veinte años.

Tengo muy buenos recuerdos

de aquella época, aunque en estos momentos lo encuentro tan cambiado que prefiero quedarme con aquel recuerdo; un lugar donde los niños jugábamos en la calle. Había todavía las huellas de la Guerra Civil con edificios en ruinas. En medio de aquellas ruinas jugábamos y no sé cómo pudimos hacerlo sin rompernos la cabeza. Luego he estudiado en Vitoria

el bachillerato y, después, el período universitario en Madrid y Barcelona. Cuando me casé, me establecí aquí, ejerciendo de abogado.

Mi familia ha sido siempre respetuosa con la pluralidad de ideas de todo el mundo. Mi padre formaba parte de una familia muy numerosa, trece hermanos, con diversas experien-





Responsabilidades políticas. Fernando Buesa fue concejal en Vitoria (1983-1997), miembro del Parlamento vasco (1984-2000) y Diputado general de Álava (1987-1991). Fue también vicetehendakari y consejero de educación en un gobierno de coalición entre el PSE-EE y el PNV entre 1991 y 1994. Arriba, en época al frente de la Diputación alavesa. A la derecha actuando como líder parlamentario del Partido Socialista de Euskadi.

EL CORREO



El legado de un visionario. «¿Importa mucho eso de ser vasco o español o europeo? Si la vida se va a desarrollar en un espacio europeo mucho más global, ¿por qué matarse por eso? No vale la pena ni matar ni morir por eso», escribió Fernando Buesa. ETA apagó su voz hace 20 años. Su pensamiento sigue vigente

► cias entre ellos en el período de la Guerra Civil. Dos de mis tías quedaron viudas porque sus maridos, militares, hicieron la guerra en distintos bandos y fallecieron. Mi tío Antonio pasó unos años de cárcel y estuvo exiliado diez años, porque en la República era el presidente de las juventudes de Izquierda Republicana. Otros miembros de la familia hicieron la guerra en el otro bando, con experiencias muy complicadas que hemos ido conociendo más de mayores, porque aquel trauma de la guerra causó un cierto impacto y en casa se hablaba poco de política, como era frecuente en muchas familias que querían olvidar lo ocurrido.

El bagaje más cultural, más político, lo adquirí en la universidad. Estudié en Madrid desde el 63 al 67 y luego el 68 en Barcelona. Eran tiempos de convulsión en los ámbitos universitarios. Había actividad de fuerzas políticas democráticas y ese tipo de cosas hace que vayas tomando más conciencia del clima político y social. Me casé en 1970 y me establecí en Vitoria. Ese mismo año empecé a ejercer de abogado. En los

ambientes profesionales y sociales en que me movía, esa inquietud por el sistema político empezó a agitarse en los años de la transición, 75, 76 y 77. En Vitoria no se conocía mucha actividad política. Únicamente la tenían quienes estaban alrededor de familias que habían tenido conexión con algún partido político. Cuando llegó el año 77, un grupo de personas, profesionales de esta ciudad que después hemos acabado en partidos políticos diferentes, como Juan Ramón Guevara, miembro del Gobierno con el PNV, o Joaquín Oficialdegui, que acabó en Eusko Alkartasuna, o los Segura y otra gente, pensamos que era necesario un compromiso de acción política cuando se acercaban las elecciones.

No conocíamos bien cuál era el panorama de partidos que podía presentarse, pero sí teníamos conciencia clara de que aquella era una oportunidad seria para contribuir al restablecimiento de la democracia en España y a que en el País Vasco pudiera funcionar un régimen estatutario de autonomía, del que en Álava había mucha conciencia porque había

conservado el sistema de conciertos durante la dictadura. Yo tenía una conexión muy fuerte con la Diputación foral, porque había sido funcionario desde el 73. Este grupo de personas decidimos hacer un compromiso político y contactamos con un partido, luego desaparecido, Democracia Cristiana Vasca. Éramos afines a aquella rama de la Democracia Cristiana que encabezaba Ruiz Jiménez y nos presentamos a las elecciones, con un fracaso. Pero las elecciones aclararon cuál era el panorama de partidos que tenían respaldo en la sociedad alavesa. En el 78, deshiciémos ese compromiso con Democracia Cristiana y cada cual tomamos caminos diferentes. Desde entonces milito en el Partido Socialista de Euskadi.

Mi gran decisión

A la política, como cualquier actividad, se llega por un conjunto de circunstancias. He conocido a personas que, por ejemplo, están en el Partido Socialista porque estuvieron sus padres o sus abuelos,

sobre todo en Vizcaya, donde hay una larga tradición en la margen izquierda. Pero hay muchas personas, y en el ámbito alavés y vitoriano eso es así, que no vienen a la política por tradición familiar, sino por un proceso de reflexión y compromiso. Esto es muy común en mucha gente de mi generación, que teníamos entonces treinta y pocos años y pensábamos que algo había que hacer por este país y algún compromiso había que asumir y que luego hemos ido decantándonos en diversos partidos.

Desde entonces, he ido asumiendo un compromiso político más activo hasta el año 85-86 en que ya empecé a tener responsabilidades muy directas en la política vasca y en la dirección de mi partido. Entré a formar parte de la comisión ejecutiva del partido como secretario de organización. He tenido diversas responsabilidades institucionales: en el 79 como diputado foral, en el 83 como concejal de Vitoria y portavoz del grupo municipal socialista durante la legislatura del 83 al 87. A partir del 84, como parlamentario vasco. Al final del 87, encabezé la lista de Juntas Generales. Luego, como consecuencia de los pactos de coalición, me correspondió la responsabilidad de ser diputado general de Álava, del 87 al 91, y terminada esa etapa, casi sin transición, accedí al Gobierno vasco. Cesé como diputado general a

mediados de julio. A la vuelta de las vacaciones de verano se rompió el Gobierno tripartito que formaron después de las elecciones del 90 Eusko Alkartasuna, Euskadiko Ezkerra y el Partido Nacionalista Vasco. Cuando se recompuso en las semanas siguientes la coalición entre el Partido Socialista y el PNV, mi partido me propuso entrar en el Gobierno como consejero de Educación, Universidades e Investigación y como vicepresidente para Asuntos Sociales.

Ejercí estas responsabilidades desde octubre del 91 hasta enero de 1995, fecha en la que cesé al formarse el siguiente Gobierno tras las elecciones del 94.

La necesaria moderación

Siempre he participado de la idea de que el País Vasco tiene necesidad de una política, la voy a definir así, moderada. No porque uno sea moderado o porque la moderación sea una característica que identifique los proyectos políticos. Sé que tiene muchas dificultades expresarlo de ese modo, porque los proyectos políticos, sobre todo en esta tierra, acaban perdiendo los perfiles cuando se expresan en esos términos. Más bien tenemos tendencia a lo contrario, a dibujar bien el territorio en el que cada partido político define su proyecto para que se distinga de los demás y, a veces, la política vasca es demasiado agresiva



Asesinado por ETA
El 22 de febrero de 2000, cuando caminaba por el campus de Vitoria de la Universidad del País Vasco, ETA hizo estallar un coche bomba a su paso, matando de forma instantánea a Fernando Buesa y a su escolta, el ertzaina alavés Jorge Díez Elorza. Arriba, el lugar del atentado poco después de la explosión. A la izquierda, primer Pleno en el Parlamento tras su asesinato, con flores en el escaño que ocupaba. **EL CORREO**

como consecuencia de ese exceso en definir los perfiles. Pero también, a la vez, la propia situación requiere de entendimientos. No es posible, con la pluralidad que existe en el país, que puedan avanzar los proyectos colectivos si no hay una cierta capacidad, y talante para poderlo hacer, de lograr acuerdos. Por eso, entre el ideal que uno tiene y la política que uno debe de hacer hay que introducir ciertas dosis de moderación en los planteamientos para que las cosas salgan adelante.

Siempre he pensado que el País Vasco tiene que organizarse con un sistema de autonomía profunda en el seno de España y que esa es la mejor fórmula para construir la convivencia. Es ésta una profunda convicción. Cualquier otra fórmula me temo que significaría una ruptura y una fractura social profunda. Naturalmente, preservar ese valor es muy complicado en las circunstancias en que se desenvuelve la política vasca, y requiere hacer ese esfuerzo de intentar buscar a través de la política un modo de construir en común, de hacer el máximo de cosas posibles aunque sean pocas y aunque todavía no hayamos avanzado lo suficiente en ese tema.

Creo que en la sociedad vasca lo que falta es un acervo de valores comunes que todo el mundo sienta como propios, como algo natural, y que no estén sometidos

LAS FRASES

«La verdad es que mi familia ha sido siempre respetuosa con la pluralidad de ideas de todo el mundo»

«Siempre he participado de la idea de que el País Vasco tiene necesidad de una política, la voy a definir así, moderada»

«Discutimos mucho qué es eso de ser vascos, pero un vasco de hoy viste como un danés y lee lo mismo que un inglés»

«El País Vasco tiene que organizarse con un sistema de autonomía profunda en el seno de España; es la mejor fórmula para la convivencia»

«En la sociedad vasca falta un acervo de valores comunes que todo el mundo sienta como propios»

dos a permanente discusión. Ya digo que hemos hecho muchos esfuerzos por lograr ese ámbito de acuerdos, aunque creo que los resultados son escasos. Todavía hoy seguimos en un perpetuo debate constituyente; hicimos una Constitución en el 78, un Estatuto de Autonomía en el 79, teóricamente dibujamos un marco democrático para organizar la convivencia y resolver los problemas sociales y, sin embargo, ese marco está permanentemente puesto en cuestión en el debate político. No hemos logrado ni siquiera ese consenso mínimo que cualquier sociedad de nuestro ámbito tiene en torno a su sistema básico de convivencia y, sin embargo, quizás por la necesidad de avanzar, seguimos intentando construir acuerdos aunque sea con consensos más en sentido negativo. Al menos estamos de acuerdo en que mientras no haya otra cosa que reúna suficiente consenso, hemos de actuar dentro de este marco. Creo que es un valor básico que compartimos todos los partidos políticos—excepto quizás Herri Batasuna—que, aunque tenga contradicciones, viene a significar que la práctica política hay que hacerla en este marco. Se puede tener otro ideal, pero, en fin, todos los días hay que andar por este camino.

La legislatura 1984-1986, en que se formalizó un pacto entre el PNV y el PSE, y las elecciones de

1986 me marcaron mucho. Participé en la Comisión de Seguimiento del Pacto de Legislatura y en las negociaciones posteriores a las elecciones de 1986.

«De acuerdo por Euskadi»

Recuerdo que los socialistas hicimos la campaña del 86 con un slogan que decía «De acuerdo por Euskadi», con el que queríamos significar dos ideas: la primera, que no podía avanzarse en la política si no había un mínimo grado de acuerdo entre partidos que representaban realidades sociales distintas, singularmente el PNV y nosotros los socialistas, porque en aquella época el PP estaba bajo mínimos; y que era necesario el acuerdo como un modo de hacer la política del país. Habíamos vivido unos años en los que el PNV tenía la mayoría y era todo a la vez, era gobierno y era la oposición, porque había sectores que se oponían a lo que hacía Garaiakoetxea. Esta experiencia política acabó mal porque el PNV se fracturó y se produjo una situación complicada que requería acuerdos. Así hicimos una coalición en el 86. No teníamos ni idea de cómo resultaría la experiencia y todo eso hubo que construirlo a partir de muchos recelos previos. Aunque no participé en aquel Gobierno, es una experiencia que he conocido de cerca y me ha marcado.

Se hablaba de la «escuela trans-

ferida» para referirse al sistema escolar público, como algo que tenía un tic, porque venía transferido y no podía ser por eso un modelo propio del país, y así había un discurso político que desvalorizaba mucho el sistema escolar público. Ese debate estaba envenenado porque un país no se puede construir de un modo sólido si no tiene un sistema educativo público solvente, eficaz, de calidad, que permita que los ciudadanos, con independencia de sus medios, encuentren la posibilidad de formarse.

Cuando llegué al Gobierno en el 91, el sistema educativo vasco estaba metido en un pleito que prácticamente parecía imposible de resolver (...). En los primeros meses de mi gestión en el Departamento de Educación, nos dedicamos a reflexionar sobre las posibilidades que había de plantear una operación, el «pacto escolar», muy presionada desde el punto de vista político y social por un conjunto de circunstancias. (...) En el plano político fue un acuerdo entre el PNV y el Partido Socialista que fructificó en dos leyes: la Ley de la escuela pública y la Ley de Cuerpos Docentes no Universitarios que aprobamos en el Parlamento.

Bueno, la misma semana en que culminábamos la operación de un modo formal y solemne, la Federación de Ikastralas montó una campaña de firmas pidiendo mi dimisión, que



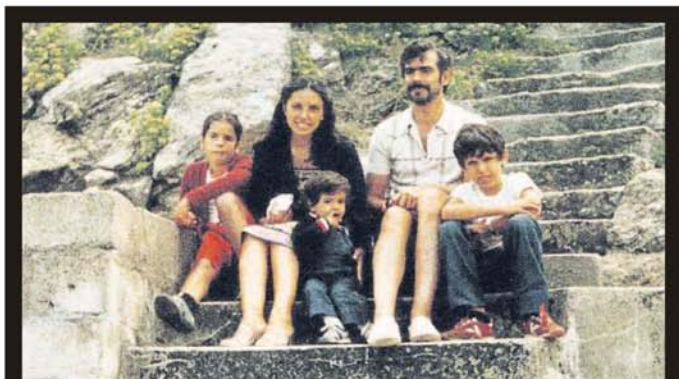
depositaron en Ajuria Enea, en su último intento de frenar esta operación. Se saldó con un fracaso por su parte porque la ley obligaba a las ikastolas a tomar una decisión definitiva sobre si se convertían o no en centros públicos. Si venían a la red pública se integraban como un centro público y se resolvían los problemas de su personal, deudas y edificios, en fin, todo este tipo de cosas, y si no, debían funcionar en la red privada con todas las consecuencias, y eso también suponía un esfuerzo por su parte, porque naturalmente los esquemas de financiación a los que se iban no eran tan generosos como los anteriores. Fueron momentos de tensión. Hubo mucha solidaridad dentro del Gobierno, encontramos un procedimiento de trabajo, también con los partidos parlamentarios, y se pudo salir adelante.

Hubo que hacer la operación de integración y las ikastolas plantearon una segunda batalla. Venir a la red pública era renunciar un poco a su propia personalidad. La Federación de Ikastolas no quería que los centros se integrasen en la red pública. Lo que pedían era una negociación de tipo económico para un periodo transitorio: cuántos años iba a durar la transición y con qué financiación se iba a hacer.

Los conflictos con el PNV

Era una negociación muy compleja y afectaba a un mundo que tenía muchas conexiones de tipo partidario, especialmente con el PNV, y se originaron conflictos. No podíamos contar con la solidaridad de nuestros socios, porque si avanzábamos la estrategia en conversaciones con ellos, la otra parte la sabía al día siguiente y así era imposible negociar. Aquello acabó en conflicto, incluso con el propio lehendakari, porque no encontré solidaridad suficiente en el Gobierno. Concluimos al final con un acuerdo de circunstancias. Fue una experiencia negativa.

Durante el tiempo que estuve en el Gobierno me ocupé también como vicepresidente de otra área, mucho más grata porque sintoniza mejor con mis preocupaciones personales, los asuntos sociales. Tenía que buscar la forma de integrar políticas interdepartamentales de carácter social, las políticas de bienestar social, sanidad, educación, vivienda, trabajo... Hicimos una serie de trabajos y reflexiones, que han tenido su fruto. Buscamos un mejor funcionamiento del plan de lucha contra la pobreza, que está articulado en tres niveles, del de



Su gran pasión

Su mujer Nati y sus tres hijos eran la verdadera pasión de Fernando Buesa. El día que le asesinaron acababa de acompañar a su hijo hasta el campus universitario de Vitoria. Un coche bomba le estalló cuando se dirigía a pie desde allí hasta su despacho. **EL CORREO**



las prestaciones económicas que integran el llamado salario social, las ayudas de emergencia social, y un tercer nivel de políticas preventivas de situaciones sociales de marginación (...)

Sali del Gobierno en el 95, la verdad que con alivio. Me desgasté mucho. Creo que en el que participé fue un buen Gobierno. Había una relación personal fluida entre todos los consejeros, más estrecha, como es lógico, con mis compañeros de partido.

Un Gobierno sin discusión

Si tuvimos en el Gobierno discrepancias básicas en algunas cuestiones que afectaban más a la política que a la gestión. Nosotros tuvimos un diferente enfoque de la política autonómica, en concreto con ocasión del primer debate en el Senado sobre el Estado de las Au-

LAS FRASES

«Todavía el País Vasco sigue siendo un país de pocos consensos, y eso es un lastre en la Europa del euro»

«El debate territorial es probablemente uno de los que hemos hecho peor, no cuadra con la experiencia de la gente»

tonomías. El lehendakari decidió no acudir y nos pareció una mala decisión política, y las diferencias se expresaron en el Consejo de Gobierno. También tuvimos divergencias en el Proyecto de Ley del Banco Público Vasco, que no pudimos resolver en el Consejo de Gobierno, y diferencias de enfoque político en relación con algunos otros problemas que afectaban fundamentalmente al PNV y al ámbito de las diputaciones forales (...)

También eché en falta la discusión política en el Gobierno. Jamás ha tenido una discusión, un debate, sobre los problemas de la violencia y terrorismo. Nos hemos ocupado de conocer los informes del Consejero de Interior, en la parte que le correspondía sobre el orden público, o de conocer los problemas del funcionamiento de la justicia, pero lo que es el enfoque político de la cuestión, desde el inicio de nuestras coaliciones de Gobierno, desde el año 86-87, fue un asunto que se confió a la mesa de Ajuria Enea, que no se trata en la mesa del Gobierno, sino a nivel de partidos políticos, y yo creo que eso tiene muchas disfunciones que habría que corregir. (...)

Eso ha generado una dinámica de debate político que discurre al margen de la acción de gobierno. Así, lo que centra la información en el País Vasco no es ni lo que el Parlamento discute, ni lo que el Gobierno hace, sino

lo que los partidos dicen.

Los problemas vitales

Además, hay problemas más vitales, más básicos; todavía el País Vasco sigue siendo un país de pocos consensos y eso es un lastre en la Europa del euro, que va a obligar a cambios políticos. Funcionar con una única moneda en toda Europa en el plazo de dos años, obligará a cambiar muchas de las políticas que conocemos, y si no queremos aumentar la distancia con los ciudadanos, eso tiene que reflejarse en un debate de opciones políticas que ya se van a expresar en las próximas elecciones europeas. En el País Vasco, sin embargo, seguimos perdidos en un debate sobre el ser o no ser del país, que es Euskadi, qué idea de Euskadi tiene cada cual, y nos perdemos porque no es fácil encontrar una idea en la que coincidamos, no digo todos, pero sí al menos una gran mayoría. Ya no solamente es que apreciemos la libertad y la democracia y digamos ¡hombre! pues no debería haber violencia y terrorismo, cosas básicas que todo el mundo compartiría, sino además qué idea de país tenemos, como construimos ese país, por qué camino andamos, ese tipo de cuestiones. En el debate político eso no está claro y yo creo que cada cual funciona con sus esquemas.

Parte del fraccionamiento político del país procede de que ese debate no lo hemos resuelto. Hay

una cierta idea en los partidos nacionalistas de que en el ámbito del nacionalismo hay que reproducir todo el espectro político clásico de la izquierda y de la derecha. (...)

El debate territorial es probablemente uno de los que hemos hecho peor, porque no cuadra con la experiencia de la gente. Nos pasamos mucho tiempo discutiendo qué es eso de ser vascos, pero cualquier vasco de los que viven hoy, a finales del siglo veinte, en cualquier ciudad del país, se viste igual que un danés, baila la misma música que un alemán y lee los mismos libros que un inglés. La cultura que estamos viviendo es la misma que se expresa en toda Europa. Los jóvenes se divierten aquí como en cualquier capital europea, se visten de la misma manera, se toman las mismas copas y cuando van a los pubs bailan la misma música. Necesitamos esa visión más global porque estamos en un mundo en el que no nos podemos encerrar nosotros mismos.

En el País Vasco, en fin, con las distancias que existen, no importa mucho ser alavés, guipuzcoano o vizcaino, importa tener un trabajo y vivir donde a uno le gusta. Se puede vivir en un municipio porque allí estén la familia y los amigos, desplazarse a otro para trabajar o pasar el fin de semana en cualquier otro lugar. La vida de la gente se organiza prescindiendo de límites territoriales. Pero esto no se articula bien en la reflexión política, en parte por los reflejos culturales, en parte también porque el entramado del poder político, distribuido como está, genera ámbitos de influencia muy locales de los que cuesta prescindir. Creo que los dirigentes políticos deberíamos hacer una pedagogía muy clara en el ámbito de nuestros partidos respecto de lo relativo que es el poder que se ejerce en un ámbito de influencia concreto, que no es el mundo, ni el ombligo del mundo, y que hacen falta ámbitos más globales.

Desde los partidos políticos siempre es complicado ceder parcelas de influencia, porque ésta se traduce en clientelas electorales. Sin embargo, actuando de esta manera podemos estar cortocircuitando energías sociales que se tienen que expresar de otra forma porque todo no es política. La política debe tomar las opciones básicas pero también permitir que una sociedad muy plural como es ésta se exprese con toda libertad y haya genes que puedan hacer reflexiones abiertas, que pueden ser útiles para resolver mejor

El «gran teórico» e intelectual del socialismo vasco



PERFIL

Fernando Buesa buscó el entendimiento con los nacionalistas por el «bien del país» hasta que llegó Lizarra. «Su asesinato buscaba destruirnos»

DAVID GUADILLA

los problemas. Echo en falta en el País Vasco esto. Los políticos opinamos de demasiadas cosas. La responsabilidad principal que nos corresponde a los partidos es seleccionar personas para que hagan una determinada función, y deberíamos conseguir que nuestros candidatos sean gente más abierta, con una visión más amplia de lo que es el país.

Estamos en Europa

Cualquier persona de mi edad, 54 años, puede recordar a sus abuelos y la época que vivieron, la de nuestros padres, la de ahora y pronosticar la que vivirán nuestros hijos. En la época de mis abuelos costaba ir de Vitoria a Sevilla varios días, hoy cuesta ir de Vitoria a Copenhague dos o tres horas de avión. Hoy, en Europa funciona un mercado único, con una sola moneda dentro de poco. Vamos a construir un gran espacio europeo, que primero se va a articular económicamente y luego políticamente.

Ese proceso tardará más, tardará menos, pero es imparable y además deseable. Todavía se percibe como lejano por los ciudadanos, pero es muy real, y debería servir para cuestionarnos algunas cosas. En un debate que hubo en el Partido Socialista sobre el proceso irlandés, alguien decía lo siguiente: al final la clave en Irlanda ha consistido en que todos los agentes implicados se han hecho la siguiente reflexión: ¿importa mucho ser irlandés o inglés? Que cada cual sea lo que le quiera, porque si Irlanda e Inglaterra están en la UE no vale la pena matarse por si uno es irlandés o inglés, qué más da, si ya no van a funcionar los esquemas nacionales. Aquí podríamos hacer la misma pregunta: ¿importa mucho eso de ser vasco, o español o europeo? Si la vida se va a desarrollar en un espacio mucho más global, se está desarrollando ya y desde luego nuestros hijos vivirán en esa Europa, ¿por qué matarse por eso? Y él decía, probablemente en Irlanda esta reflexión la ha interiorizado todo el mundo, pero si nos estamos matando por nada! Y allí se estaban matando, porque había bandas paramilitares por todas las partes políticas intervinientes. También en Euskadi deberíamos hacernos esa pregunta en voz alta... ¿qué importa ser vasco, si da igual. Sea usted lo que quiera, si vamos a funcionar en un ámbito europeo pasado mañana, en la economía, en la política, en las decisiones vitales para un país. No vale la pena matar por eso. Ni matar ni morir por eso.

Era nuestro gran teórico, el que mejor elaboraba el argumentario político frente al nacionalismo. Su asesinato fue una elección muy pensada. Un golpe ideado para debilitarnos y destruir el partido». Los recuerdos de Ramón Jáuregui sobre Fernando Buesa son los que se tienen de una persona a la que se admira. «Centrado, metódico y sobre todo, muy leal». De un dirigente vital para el PSE. De un exvicelehenakari. Del único miembro del Gobierno vasco asesinado por ETA. Fue el 22 de febrero de 2000 y con su muerte arrancó una campaña para «liquidar físicamente a los que, según algunos, éramos los enemigos del pueblo vasco». A Buesa le siguieron Juan Mari Jáuregui, Froilán Elespe, Juan Priede y Joseba Pagazaurtundua, todos asesinados en menos de dos años. No fueron los últimos. En 2008 era tirroteado Isaías Carrasco. Eso sin contar los atentados fallidos.

Precedente del mundo de la abogacía, su rigor y capacidad dialéctica pronto le convirtieron en un referente del socialismo. Y eso que en los primeros años de la Transición colaboró con Democracia Cristiana. Pero enseguida

LA CLAVE

AMENAZAS DE ETA

Con su muerte arrancó una campaña ideada para «liquidarnos». En solo dos años cayeron Jáuregui, Elespe, Priede y 'Pagaza'

DECEPCIÓN

La firma del Pacto de Lizarra le convenció aún más de que había que buscar una alternativa al nacionalismo

CONSEJERO DE EDUCACIÓN

Leal y metódico, uno de sus mayores retos políticos y personales fue la integración de las ikastolas en la red pública

se integró en la estructura del PSE alavés. Frente al poder de la margen izquierda en Bizkaia y la impronta del socialismo guipuzcoano, Alava era un territorio casi virgen. Buesa, junto con Javier Rojo, los hermanos Aguiriano y otro pu-

ñado de dirigentes logró que el partido se consolidase. Fue una tarea titánica pero que dio resultados. Entre 1987 y 1991 fue diputado general.

Pero Buesa trascendía las fronteras de Alava. Fue elegido parlamentario en 1984. Su dialéctica abrumaba. «Era muy argumentativo, no le valía cualquier explicación». En lo personal, su timidez a veces se confundía con una falta de empatía. Su «alto nivel intelectual» se hacía notar. No solo en las instituciones. A mediados de los ochenta el PSE era un hervidero con posturas a veces enconadas. El socialismo «vasquista», los pactos con el PNV... «Fernando apostaba por el entendimiento con los nacionalistas por el bien del país, pero no era muy partidario de esos gobiernos de coalición. Sin embargo, fue muy leal a la hora de gestionarlos», recuerda Jáuregui, entonces secretario general del PSE.

Su capacidad para el análisis sobresalía. En 1991 llegó uno de los momentos clave en su vida política. Fue nombrado vicelehenakari y consejero de Educación. Era el hombre fuerte de los socialistas en el Gobierno. Fue ese elegido para ponerse al frente de

esa cartera lo decía todo. El conflicto para la integración de las ikastolas en la red pública convertía ese departamento en un campo de minas. En mitad de una tormenta política de enormes proporciones, Buesa condujo la nave hacia el acuerdo. «Era tenaz, de unas fuertes convicciones. Cuando entraba en tu despacho a la una sabías que ese día no ibas a comer, pero también que se iba a alcanzar un acuerdo, y que serías inamovible», recuerda Isabel Celaá, por aquel entonces viceconsejera de Educación.

En 1995 sale del Ejecutivo de coalición pero se mantiene como líder del partido en Alava. Tres años después, el PSE y el PNV rompen. Llega Lizarra y la apuesta por la acumulación de fuerzas soberanistas. Buesa se convence, todavía más, de que es necesario buscar una alternativa al nacionalismo. En cierta medida, se siente traicionado y sus mayores temores se confirman. «Se convirtió en un resistente ante ETA y ante aquel nacionalismo que se plegaba ante el terrorismo», subraya Celaá.

Vitoria, su pasión

«Fue el que mejor planteó la respuesta a Estella», recuerda Jáuregui. Un mes antes de su asesinato, ETA acabó con la vida del teniente coronel Pedro Antonio Blanco García y el PNV optaba por dejar en suspenso el acuerdo soberanista. Pero sin romperlo. A finales del mes de enero de 2000, Buesa se dirigió al lehendakari Ibarretxe en un pleno del Parlamento. «Decían que su política estaba encaminada a la consecución de la paz, y justificaban por ello el Pacto de Lizarra, pero los hechos han demostrado que ha sido un rotundo fracaso, son los únicos responsables de hacer una política sólo para nacionalistas. La paz sólo puede conseguirse entre todos». En la bancada de Euskal Herritarrok estaba Jose Antonio Urrutikoetxea, 'Josu Ternera'.

La paz era su obsesión. Aquel 22 de febrero se desplazó a San Sebastián a primera hora de la mañana para presentar un manifiesto de su partido contra la violencia. Luego se despidió de sus compañeros. «Voy a Vitoria, volver a Nati». Su mujer y sus hijos, su gran pasión. A media tarde abandonó su casa junto a uno de sus hijos y su escolta, el ertzaina Jorge Diez. Caminaron hacia la zona universitaria. El joven se quedó en el campus y se despidió de su padre. Buesa siguió andando por esa Vitoria que amaba. El reloj marcaba cerca de las 16.45 horas y una explosión retumbó en la ciudad y llevó el dolor y la conmoción a Euskadi.

El atentado que partió Euskadi

20 años. El asesinato de Buesa y su escolta provocó una ola de indignación y abrió la mayor brecha entre nacionalistas y no nacionalistas por la actitud del lehendakari Ibarretxe

LORENA GIL



Deben de mirar tanto y con tantos paños calientes a su suspendido socio parlamentario, y vuelquen su atención en las ciudadanas y ciudadanos de este país que sufren los ataques y carecen de seguridad y libertad», dedicó Fernando Buesa al PNV en la que sería, sin saberlo, su última intervención en el Parlamento. Exigía el entonces portavoz socialista una respuesta a la kale borroka por parte de un Gobierno vasco, el de Juan José Ibarretxe, que se sustentaba en el pacto firmado en 1999 con EA y Euskal Herriarrok. Pocos días después, ETA le asesinaba a él y a su escolta, Jorge Díez, con una bomba en Vitoria. La onda expansiva no solo sacudió a la sociedad vasca, que atónita salió a la calle en tromba, sino que también dejó para el recuerdo una imagen de división política digna de sonrojo.

El atentado se produjo en un contexto muy concreto. Año y medio antes, Nicolás Redondo, líder del PSE, había puesto fin a once años de colaboración gubernamental con la formación jeltzale. Lo hizo unas semanas antes de la firma del acuerdo de Lizarrta (septiembre 1998), que abrió una profunda herida entre nacionalistas y constitucionalistas. PNV, EA e Izquierda Unida rubricaron un acuerdo con Herrí Batasuna en el

que se proponía una negociación sin condiciones, sin límites y sin exclusiones, en un marco de «ausencia permanente de todas las expresiones de violencia del conflicto». De forma paralela se adquirió un compromiso con ETA para silenciar las armas y que los socios de Lizarrta tuvieran el camino despejado para avanzar hacia la construcción nacional en clave soberanista.

La banda saludó aquel acuerdo con una tregua y el Gobierno de Ibarretxe rubricó su pacto con Euskal Herriarrok, marca electoral de la izquierda abertzale posteriormente ilegalizada. En enero de 2000, los terroristas asesinaron al teniente coronel Pedro Antonio Blanco García en Madrid. Pero el PNV no rompió su pacto de legislatura, pese a que el atentado contradecía de facto lo suscrito en Lizarrta. Un mes después, ETA mató a Fernando Buesa y al joven ertzaina Jorge Díez.

16.38 horas. Martes. El líder de los socialistas alaveses, exdiputa-

Tras la firma del acuerdo de Lizarrta, el Gobierno vasco se sustentaba en un pacto del PNV con EA y Euskal Herriarrok

do general y exvicelehendakari del Ejecutivo de José Antonio Ardanza, se dirige a pie a la sede de su partido seguido de su escolta. Acaba de almorzar en casa junto a dos de sus tres hijos, Carlos y Sara –la mayor es Marta–. Se ha despedido con un beso de su mujer, Natividad Rodríguez. A su paso por la zona universitaria de Vitoria, una furgoneta-bomba acaba con la vida de ambos. El estruendo de la explosión se escuchó en la sede de Lehendakaritza, donde el portavoz del Gobierno vasco, Josu Jon Imaz, ofrecía una rueda de prensa. Se suspendió de forma inmediata y los periodistas se desplazaron hasta el lugar del atentado. «Al principio todo era confuso. Incluso lo primero que se pensaba es que la víctima era una señora. Cuando nos enteramos de que eran Fernando Buesa y su escolta fui tembando. La mayoría de los compañeros que estábamos allí cubríamos información parlamentaria y estábamos todos los días hablando de Buesa y con Buesa. El impacto fue enorme», relata uno de esos periodistas.

«Es quien usted cree»

Javier Rojo, 'número dos' del PSE alavés y hombre de confianza de Buesa, acababa de hablar por teléfono con su compañero y sobre todo amigo. Tenían ejecutiva del

partido a las cinco de la tarde –el atentado se produjo a tres días del inicio de la campaña del 12-M–. Y apenas media hora antes, Fernando Buesa le llamó para recordarle la cita. «Te dejo, que me viene a buscar Jorge». Fue lo último que le dijo. A los diez minutos, se escuchó la bomba. «Nos miramos mi hija Natalia y yo y pensamos: Esto ha sido un atentado. Llamé por teléfono a Fernando, pero no daba señal, así que nos fuimos hasta donde había ocurrido todo», relata. Se identificó y pudo pasar un primer cordón policial. Pero cuando se acercó más al escenario un ertzaina le cerró el paso. «Es quien usted cree que es», le admitió. «Me abracé a mi hija llorando y fuimos a casa de la familia», evoca.

La bomba estalló a escasos metros del Palacio de Ajuria Enea. Pero el lehendakari no acudió al lugar de los hechos. Su entorno siempre sostuvo que fue por «razones de seguridad». Pero su ausencia, aderezada con el pacto de

Ibarretxe no acudió al lugar del atentado, a escasos metros de Ajuria Enea, ni estuvo con las familias de las víctimas

Lizarrta y el acuerdo vigente con Euskal Herriarrok, marcó el devenir de los acontecimientos. «Ni Ibarretxe ni el PNV estuvieron a la altura de las circunstancias», lamenta Rojo. Esa tarde-noche, miles de personas secundaron una convocatoria del PSE en la Plaza de España en repulsa por el atentado. Unos cientos se dirigieron después, de manera espontánea, hacia Lehendakaritza. «Empezó a correrse la voz de que Ibarretxe estaba allí y nos pareció razonable. Aquello fue una purga nazi y cada minuto que pasaba la indignación era mayor, Vitoria lo vivió como una agresión, como un ataque a la libertad», expresa Miguel Gutiérrez, entonces jefe del Servicio de Psiquiatría de Cruces y amigo de la familia Buesa. Exigieron la dimisión de Ibarretxe y profirieron insultos contra el presidente del Euzkadi buru batzar, Xabier Arzalluz.

Ese mismo día, Ibarretxe anuncia la ruptura de su pacto con la izquierda abertzale y convoca, de forma unilateral, una marcha para el sábado 26 en favor de la paz. Fuentes del PNV reconocieron entonces y se reafirmaron a día de hoy en que Juan José Ibarretxe «se equivocó al no situarse desde un principio del lado de las familias de las víctimas». El miércoles, la tensión se trasladó a la capilla ardiente –instalada en el Parlamen-



◀ **Miles de personas** se congregaron la tarde del atentado en la Plaza de España de Vitoria para condenar el crimen y pedir la dimisión de Ibarretxe.

▼ **Crispación.** Se vivió una gran tensión entre nacionalistas y no nacionalistas.



◀ **Gesto por la Paz.** Representantes del colectivo intentaron sin éxito buscar una respuesta unitaria a la barbarie.

▶ **Manifestación.** No faltaron los insultos entre quienes apoyaban a Ibarretxe y quienes arrojaban a las familias.



to vasco-, donde se vivieron momentos de especial crispación, y al funeral en la catedral nueva. «Recuerdo que le pedi a Jesús Loza que gestionara la celebración de la ceremonia en la catedral y él me preguntó: ¿Y si nos dicen que no?». El que fuera obispo de San Sebastián José María Setién se negó a que la catedral del Buen Pastor albergara el funeral por Enrique Casas, primer cargo socialista asesinado por ETA. «Si te dicen que no, tiramos la puerta y el cura lo ponemos nosotros», respondió Rojo.

Una imagen «vergonzosa»

El lehendakari fue recibido con insultos a su llegada al templo y optó por abandonarlo por un lateral. A partir de ahí, la tensión pasó todavía a mayores. El PNV calificó las protestas de electorales y se reafirmó en su apuesta por Lizarrar. Hasta responsabilizar al Cesid –los servicios secretos españoles– de algunos lemas y pancartas. Lo que debió de haber sido clamor al unísono frente al terrorismo derivó en tres manifestaciones. Por delante, los nacionalistas, con fotografías del jefe del Ejecutivo autonómico y gritos de: ‘Ibarretxe aurerra’ y ‘ari, ari, Ibarretxe lehendakari’. Lejos de ser una convocatoria en repulsa por el atentado, aquello se convirtió en un acto en apoyo a la figu-

ra de Ibarretxe. Se fletaron cerca de 200 autobuses desde los batzokis, la mayoría de Bizkaia. «El consejero de Sanidad Gabriel Inclán dio indicaciones a los jefes de departamento de su cuerda para que mandaran mensajes de apoyo al lehendakari», revela Miguel Gutiérrez, que le reprochó arrojado gesto años después.

En medio de la multitudinaria marcha, un grupo más pequeño, el de Gesto por la Paz, intentó sin éxito servir de bisagra. Por detrás, las familias de las dos víctimas, tanto de Fernando Buesa como de Jorge Díez; socialistas, populares y miles de ciudadanos que alzaban la voz frente a ETA. No faltaron los cruces de insultos e incluso algunos golpes entre nacionalistas y no nacionalistas. «Recuerdo que había gente del PNV que se puso a decir barbaridades delante de la viuda de Fernando y sus hijos, sin ni siquiera saber quiénes eran», evoca Javier Rojo. La imagen fue «vergonzosa». Así lo calificó el tiempo después, al

echar la vista atrás, los allegados de ambos asesinados. «El mismo día de la manifestación, Carlos, el hijo de Fernando, me comentó que quería hablar con el lehendakari. Y lo hizo. Le pidió por teléfono que solo hubiera una marcha bajo una misma pancarta. Pero no le hizo caso. ¡A su hijo!», reprocha Rojo. Cuando el primer grupo llegó a la Virgen Blanca, Juan José Ibarretxe pronunció unas breves palabras y a continuación, se marchó. «Los que íbamos acompañando a los allegados de las víctimas nos cruzamos con los nacionalistas cuando ya se retiraban. Nosotros íbamos por el centro de la calle, ellos en sentido contrario por los laterales, portando ikurrinás. No se quedaron. Habían matado a dos personas y solo les importaba Ibarretxe. Lo que se vivió allí fue terrible», describe Miguel Gutiérrez.

Los representantes de Gesto por la Paz, que ocupaban el segundo lugar en la manifestación, esperaron en la Virgen Blanca a la marea que caminaba junto a las familias de los dos asesinados. Fue entonces cuando Rojo cogió el micrófono que antes había utilizado Ibarretxe para reprochar, alto y claro, al jefe del Ejecutivo vasco su proceder: «¿Dónde estás lehendakari?», gritó tres veces. Alzó la voz pese a que incluso el propio Nicolás Redondo había pe-

dido que nadie hablara. «Hice lo que tenía que hacer y me siento orgulloso», reconoce el que fuera ‘número dos’ de los socialistas alaveses y expresidente del Senado. Una vez disipada la multitud –acudieron decenas de miles de personas–, el entonces hombre de confianza de Buesa, se quedó con su viuda y sus hijos. «Subimos la escalinata de la Virgen Blanca y nos sentamos. Le dije a Nati: ‘No sabes el odio y el rencor que tengo’. Ella me contestó: ‘Javier, no odies. El odio al único al que hace daño es a ti’».

Condena y memoria

Tres fueron los terroristas responsables del atentado: Asier Carrera, Luis Mariñelarena y Diego Ugarte. La Policía encontró en poder de ETA fotografías de Fernando Buesa tomadas dentro del propio Parlamento vasco. La izquierda abertzale nunca condenó lo ocurrido. No fue hasta 2013 cuando representantes de EH Bildu se sumaron a una ofrenda floral en su

memoria y la de su escolta en la Cámara legislativa. La coalición estuvo representada por su portavoz, Laura Mintegi, así como por miembros de EA, Aralar y Alternativa. Pesos pesados de la antigua Batasuna, como Maribi Ugarteburu, Marian Beitilarrangitia y Unai Urruzuno, se quedaron en sus despachos.

El pabellón de baloncesto del Baskonia pasó a llamarse Buesa Arena en marzo de 2000 –fue el político socialista quien impulsó su construcción en la plaza del ganado de Zurbano en su etapa como diputado de Álava– y el parque junto al que estalló la bomba se dedicó a Jorge Díez Elorza. Al año se inauguró el monolito en su memoria en los Jardines de la Libertad.

La Fundación Buesa ha invitado este año a los ciudadanos a escribir en su web lo que recuerdan de aquel 22 de febrero. Ya son más de un centenar los que han dejado su testimonio. Entre ellos, Iñaki: «Cuando empecé a ir a Vitoria a ver jugar al Baskonia, mi hijo me preguntó quién era Fernando Buesa. Si era un aficionado al baloncesto y por eso le habían puesto su nombre al pabellón. Tenemos que hablar con nuestros hijos sobre lo que ha ocurrido. Siempre será un ejercicio que hagamos desde nuestro punto de vista, pero debemos contárselo».

La manifestación convocada por el lehendakari se convirtió en un acto de apoyo a la figura de Ibarretxe

Durante esos días no faltaron los insultos e incluso algunos golpes entre nacionalistas y no nacionalistas